

Dolor de ángel

Premio Hucha de Plata 1989

Pedro VÍllora

Yo sé que mamá no me ha creído porque me miró con cara rara y me dijo:

-Niño, no digas tonterías.

Así que no me quedaron dudas acerca de la impresión que debí de causarle.

A papá no se lo había dicho todavía porque siempre había sabido que no debía molestarle hasta que no hubiese leído el periódico los domingos por la mañana. La verdad es que a mí no me parecía que alguien tuviese que enfadarse porque le hablasen cuando leía, pero papá siempre decía que sí, que no le molestase, y claro, no iba yo a decirle que no. Por eso aún no se lo había dicho, porque estaba sentado en una butaca del salón donde le daba la luz que entraba por una ventana y le iluminaba el periódico que tenía entre las manos.

Pero a mamá sí se lo había dicho, porque mamá nunca dice que no le hable y además puede hacer muchas cosas mientras yo le cuento algo. Lo malo es que, a veces, cuando termino de decir lo que estaba contando y me callo, ella sigue igual, haciendo lo mismo, y entonces parece como si no me hubiese estado escuchando, aunque yo creía que sí. Otras veces es más raro, porque cuando yo le hablo ella me dice de vez en cuando “sí”, “¿de verdad?”, “¡ah, vaya!” y cosas así; y luego, cuando ya he terminado, o a veces antes, me dice: “¿De qué estabas hablando?”

Y cuando eso pasa yo me creo que a mamá no le importa lo que piense, pero entonces me enfado y me pongo triste conmigo mismo, porque eso es una cosa mala, y no debo pensar cosas malas de mamá; así que,

como ya sé que el malo estaba siendo yo, me puedo poner alegre de nuevo, porque lo he arreglado.

La verdad es que me doy cuenta de que mamá no puede estar todo el día escuchándome, porque siempre está muy ocupada haciendo las cosas de la casa, que llevan mucho tiempo y a veces parece que nunca termina. Yo creo que si papá le ayudase cuando está en casa lo haría todo más rápido y se acabaría antes, pero papá está todo el día fuera trabajando, y cuando vuelve, a la hora de comer y luego otra vez por la noche, lo que hace es sentarse en el sofá y ponerse a ver la televisión. A lo mejor es que está tan cansado que no puede levantarse, y por eso se queda con los pies apoyados en una silla y sin moverse hasta que mamá termina de colocar la mesa, los platos, los vasos y todo eso, y entonces nos ponemos a cenar. Después mamá saca la plancha y la ropa arrugada que se ha secado y yo me voy a acostar, y entonces, aunque no lo sé, a lo mejor papá y mamá empiezan a hablar, porque cuando estamos cenando nunca se dicen nada.

Me da pena no tener a nadie más pequeño que yo para jugar a padre e hijo, porque debe de ser algo de veras divertido: yo me sentaría muy cómodo y muy pesado en un sillón y miraría el periódico con la frente arrugada como si estuviese leyendo algo muy difícil y muy importante. Lo que no haría sería tener en la boca uno de esos puros grandes que fuma papá, porque huelen mal y me da mucho asco. Y mientras yo estoy así, mi hermanito se quedaría quieto y silencioso en el marco de la puerta, igual que yo esta mañana, y esperaría hasta que doblase el periódico, me quitase unas gafas tan gordas como las que usa papá cuando lee, y me levantase muy despacio y haciendo un ruido con la boca como si me estuviesen doliendo todos los huesos, que es lo mismo que ha hecho papá; entonces, mi hermanito también se acercaría a mí y me diría:

-Papá...

Y yo diría:

-¿Qué quieres?

Y él diría:

-Que he visto una cosa.

Y entonces yo diría:

-¿Qué cosa has visto?

Y mi hermanito me lo contaría igual que se lo he contado yo a papá, y yo le diría que sólo dice sandeces, como me ha dicho papá a mí, y me iría a la cocina a beber un vaso de agua, y mi hermanito se quedaría pensando que a veces los mayores no entienden nada; pero como no tengo un hermanito no puedo jugar a papá.

Con papá hablo poco, porque está poco rato en casa. Antes, cuando yo era más pequeño, él venía por las noches a mi habitación, y entonces me acostaba y repetíamos una oración que decía: “Cuatro esquinitas tiene mi cama; cuatro angelitos que me la guardan”; y después me arropaba para que estuviese calentito y se iba apagando la luz. Otras veces no era papá quien venía, sino mamá, o incluso venían los dos juntos y se quedaban un ratito conmigo y me daban un beso cada uno y se marchaban, y luego, más tarde, abrían la puerta de mi habitación despacito y asomaban la cabeza, y yo me quedaba quieto y como si estuviese dormido, y con un ojo entreabierto les veía sonreír y retirarse, cerrando la puerta con cuidado para que no hiciese ruido y me despertase. Algunos días debieron de darse cuenta de que no estaba dormido, porque abría el ojo demasiado, pero no me dijeron nada.

Me gustaría que volviesen todavía por la noche y me tapasen los hombros como antes, pero sé que piensan que ya soy demasiado mayor para esas cosas, así que ahora me acuesto solo y me quedo mucho tiempo con la luz encendida leyendo cuentos o libros que no sean muy largos ni tengan la letra pequeña; luego, cuando me da sueño, dejo el libro y apago la

luz, aunque todavía pueden pasar cosas interesantes, como anoche, que vi una estrella fugaz.

Ni papá ni mamá me han creído esta mañana; han pensado que estaba mintiendo y no me han hecho caso, pero tampoco me han gritado ni se han enfadado conmigo. Otros padres sí gritan, a veces muy fuerte, y asustan a sus hijos; lo sé porque lo he visto en la calle y en el parque, y el padre o la madre ponen su cara roja y abren mucho la boca mientras gritan muy disgustados y le dan de cachetes, o de bofetadas, al niño que se encoge como si quisiera hacerse chiquito y desaparecer y que se pone a llorar. A mí no me pegan nunca ni me gritan; todo me lo dicen tranquilo, aunque yo a veces hago cosas adrede, como cuando rompí un jarrón muy bonito que tenía mamá, pero ni siquiera entonces parecieron enfadarse, y sólo dijeron entre ellos que yo nunca haría nada en la vida, pero a mí no me hablaron para nada.

Creo que mamá y papá están cansados, que se aburren. A lo mejor toda la gente se aburre cuando se hace mayor, y quizá también me pase a mí. Creo que no me gustaría estar todo el día aburrido y sin ganas de hacer nada, como papá, o aburrido y siempre haciendo algo, como mamá. Creo que cuando sea mayor no me gustaría ser ni mamá ni papá, ni tener un hijo que no tuviese hermanos pequeños. Pero lo que de verdad creo es que no sé lo que me gustaría ser si fuese mayor, y además ser mayor debe de ser una cosa muy difícil; y si papá y mamá dicen que yo no haré nada en la vida, quizá tampoco sepa lo que hace falta para ser mayor.

Papá y mamá dicen que los mayores son muy listos, y que lo saben todo, y que nunca hay que decir mentiras a los mayores, porque se dan cuenta y lo pueden descubrir. Pero entonces a mí me parece que los mayores también deben saber cuándo lo que les están diciendo es verdad, y entonces deben creerlo y no equivocarse. Sin embargo, si los mayores saben cuándo una cosa es verdad, no sé por qué ni papá ni mamá me han

creído cuando les he dicho que esta mañana había un ángel caído en el patio retorciéndose de dolor.